

"Joyce, el síntoma I" (16 de junio 1975), Jacques Lacan. Traducción "andante", por Norberto Gómez

Conferencia de Jacques Lacan en el gran Anfiteatro de la Sorbonne el 16 de junio de 1975, como Apertura del 5to. *Symposium International James Joyce*, conocido como "Joyce, el síntoma I", texto establecido por Jacques-Alain Miller, a partir de las notas de Éric Laurent. Publicada en *L'âne*, 1982, n° 6.

A este texto fuente de la presente traducción -producida por Norberto Gómez- se agrega:

["Joyce, le symptôme I \(1975/06/16\)"](#) , que trata de la versión en francés de la notas de E. Laurent y , luego, establecidas por J-A Miller.

Hay un registro sonoro de esta Conferencia de Lacan, donde se encuentran variadas diferencias con las notas de Eric Laurent y el posterior establecimiento de Miller

Sin notas de traducción al pie, únicamente palabras entre paréntesis en términos de ofrecer sólo el conjunto; sin embargo, aquí, una “nota” aclaratoria: en cada oportunidad que en castellano se vierte la palabra síntoma, ésta responde a *symptôme*. En caso de responder a *sinthome*, ésta sí se portará en un paréntesis.

Por lo demás se trata de una traducción, como se decía, “andante”, es decir, que padecerá las modificaciones que por sucesivas lecturas, y especialmente por escuchas del registro sonoro, puedan ir cambiando el pasaje de lenguas que ahora se presenta.

Norberto Gómez

Joyce, el síntoma I

Hoy no estoy en mi mejor forma, por todo tipo de razones.

Con el asentimiento de Jacques Aubert, por la insistencia del cual me ven aquí -Jacques Aubert, que es un eminente joyciano y cuya tesis sobre la estética de Joyce es una obra altamente recomendable-, tomé como título *Joyce el síntoma*.

Al respecto, me van a perdonar el *parimitar* (*poursticher*) un momento -eso no va a durar- a Joyce, el Joyce de *Finnegans Wake*, que es el sueño, el sueño que lega situado como un término -¿un término de qué? Eso es lo que quisiera tratar de decir. Ese sueño pone, a la obra, fin, *Finnegans*, por no poder obrar mejor.

Retomo -¿por qué querer que la podredumbre (*pourriture*) con la cual el hombre *pourspère* -que suena como "pudrirse esperando" (*pourrir en espérant*)- por qué querer que el periodumbre (*jourriture*) que nos hornea con novedades, transmita correctamente mi título? Jacques Lacan -ellos ni siquiera saben lo que es, Jules

Lacue eso también estaría bien- es por otra parte la pronunciación inglesa de lo que llamamos, en nuestra lengua, el rabo (*la queue*) ¿Por qué imprimieron *Joyce el síntoma*? Jacques Aubert se los comunicó, entonces meten *Jacques el símbolo*. Todo esto, por supuesto, para ellos es igual.

Del *sín* que cae al *sim* que bolo, ¿qué puede hacer eso al *bosom* de Abraham, donde el todo-podrido se reencontrará en su naturaleza de *buencriadarica* (*bonneriche*) para la *atolandreternidad* (*étournité*)?

Sin embargo rectifico, cae, pequeñocae, pequeñobuenhombre (*ptom, p'titom, p'tit-bonhomme*) vive aún, en la lengua, que se consideró obligada, entre otras lenguas, de caer (*ptômer*), la cosa coincidente. Pues eso es lo que quiere decir.

Refiéranse al *Bloch y von Wartburg*, diccionario etimológico, que es una base sólida, allí leerán que *symptôme* en primer lugar se escribió *sinthome*.

Joyce el síntoma (*le sinthome*) es homófono con la santidad de lo cual algunas personas aquí, quizás, recuerden que *televisioné*.

Si se prosigue un poco la lectura de esta referencia del *Bloch y von Wartburg* en cuestión, se percibe que fue Rabelais quien del síntoma (*sinthome*) hace el *symptomate*. No es sorprendente, es un médico, y síntoma debía tener ya su lugar en el lenguaje médico, pero ésto no es seguro. Si continuó en la misma vena, diré que él simtraumatiza (*symptraumatise*) algo.

Lo importante no es para mí remedar *Finnegans Wake* -siempre se estaría por debajo de la tarea-, es decir en que, doy a Joyce, formulando este título, *Joyce el síntoma*, nada menos que su nombre propio, ese donde creo se habría reconocido en la dimensión de la nominación.

Es una suposición -él se habría reconocido si yo pudiera aún hoy hablarle. Sería centenario, y no es lo usual -no es lo usual proseguir la vida tanto tiempo, eso sería una chistosa adición.

Encuentro

Saliendo de un medio bastante sórdido, Stanislas para nombrarlo -niño educado por curas (*enfant de curé*), como Joyce, pero de curas menos serios que los suyos, que eran Jesuitas, y dios sabe lo que él con esto supo hacer- resumo, emergiendo de ese medio sórdido, a los diecisiete años gracias al hecho que frecuentaba la casa de Adrienne Monnier, encontré a Joyce. Incluso asistí, cuando tenía veinte años, a la primera lectura de la traducción francesa que había salido de *Ulises*.

Estos son los azares que nos impulsan a derecha y a izquierda, y con los cuales hacemos -porque nosotros los trenzamos como tal- nuestro destino. Hacemos nuestro destino porque hablamos. Nosotros creemos que decimos lo que queremos, pero es lo que han querido los otros, más particularmente nuestra familia, que nos habla. Entiendan allí ese *nosotros* como un complemento directo. Nosotros somos hablados, y a causa de eso, los azares nos empujan, a algo tramado. Y en efecto, hay una trama -nosotros llamamos a eso nuestro destino. De suerte que esto no es seguramente por azar, aunque sea difícil encontrar el hilo, que encontré a James Joyce en París, mientras él estaba allí, y por un buen tiempo más.

Me excuso por contar mi historia. Pero pienso que lo hago en homenaje a James Joyce.

Universidad y análisis

Siempre he cargado en mi existencia, errante como aquella de todo el mundo, una cantidad enorme -hay un alto como esto- una cantidad enorme de libros entre los cuales aquellos de Joyce, no van más arriba que esto- los otros son aquellos sobre Joyce. Esos los leía de tiempo en tiempo, pero me he dado, Jacques Aubert será testigo de eso, una paliza todo este tiempo. Pude ver ahí más que las diferencias -un equilibrio singular en el modo en el que Joyce es recibido, y que parte del sesgo por el que es tomado.

Conforme a lo que Joyce mismo sabía que le sucedería en lo póstumo, es el universitario quien domina. Es en más o en menos exclusivamente el universitario quien se ocupa de Joyce.

Es completamente sorprendente. Joyce dice: "Lo que escribo no cesará de dar trabajo a los universitarios". Y él no esperaba nada menos que darles quehacer hasta la extinción de la Universidad. Eso toma el camino correcto. Y es evidente que esto no puede hacerse más que porque el texto de Joyce abunda en problemas completamente cautivantes, fascinantes, propios para hacer hincar el diente al universitario.

Yo no soy un universitario, contrariamente a lo que se me achaca de profesor, de maestro, y otras bromas. Yo soy un analista (*analyste*). Esto hace rápidamente homofonía, no es así, con los cuatro maestros analistas (*maîtres annalistes*), a quienes Joyce en *Finnegans* tiene muy en cuenta, y que han fundado las bases de los anales (*Annales*) de Irlanda. Yo soy otro tipo de analista.

Del analista que, después, surgió, no se puede decir que Joyce haya sido mordido. Autores confiables, que conocían bien a Joyce -yo lo observé-, que eran sus amigos, avanzan de buena gana que si él "freudeonó" ("*freudened*"), si él ha freudeonado (*freudenedé*) ese tarareo (*fredonnement*), era con aversión. Creo que es verdad.

Encontré de esto el testimonio en el hecho que en la constelación del sueño no hay despertar, a pesar de la última palabra, *Wake*, que en la trama de los personajes de *Finnegans*, hay dos gemelos -Shem permítanme llamarlo Shemptôme- y Shaun. Es así, espero, como eso se pronuncia, porque no consulté al respecto a Jacques Aubert, quien, para la pronunciación, me ha sostenido firmemente durante este braceo. Están entonces Shemtôme y Shaun -nada más anudados que los gemelos. Es al otro -no Shem, que él llama, agregándole un apodo *the penman*, el escribano- es a Shaun que Joyce apoda el doctor Jones. Se trata de ese analista al cual Freud, que sabía lo que hacía, encargó hacer su biografía. Él lo conocía bien, es decir estaba seguro que Jones no pondría allí la menor fantasía, que no se permitiría, entre otras, poner el toque, la mordida el *agenbite of inwit*. En alguna parte en el *Ulises*, Stephen Dedalus habla de *agenbite of inwit*, de la mordida -se traduce así en francés, no sé porque- en sí, mientras esto quiere decir más bien *wit* (*ingenio*), el *wit* interior, la mordida del chiste, la mordida del inconsciente. Con Jones, Freud estaba tranquilo -él sabía que su biografía sería una hagiografía.

Evidentemente, que Joyce Shaunise, si puedo decirlo, al Jones en cuestión, es lo que nos da la idea de la importancia, como dice otro, de ser Ernest. Mucho más que

Joyce, Jones -se los digo porque lo encontré- hacía remilgos sobre el hecho de llamarse Ernesto. Pero era sin duda a causa de la obra de ese título, tan sorprendente, de Wilde, del que Jones presumía. Más de una vez en *Finnegans* surge esta referencia a la importancia de llamarse Ernesto.

Desabonado del inconsciente...

Todo esto no ha llevado más que a aproximar, que no es la misma cosa decir Joyce el síntoma (Joyce le *sinthome*) o bien Joyce el símbolo. Yo digo Joyce el síntoma (Joyce le *symptôme*) -es que el síntoma, el símbolo, lo abole, si puedo continuar en esta vena. No es solamente Joyce el síntoma, es Joyce en tanto que, si puedo decir, desabonado del inconsciente.

Lean *Finnegans Wake*. Percibirán que es algo que juega, no en cada línea, sino en cada palabra, sobre el *pun*, un *pun* muy, muy particular. Léanlo. No hay una sola palabra que no esté hecha como las primeras, a las cuales he tratado de dar su tono con "pudrespera" (*pourspère*), hecha de tres o cuatro palabras que se encuentran, por su uso, haciendo destello, lentejuela. Es sin duda fascinante, aunque en verdad el sentido, el sentido que le damos habitualmente, lo pierde.

El señor Clive Hart en *Structure and Motif of Finnegans Wake* habla no sé de qué burla hace Joyce en el uso de este tipo de *pun*. Atherton, en su libro *The Books at the wake* refiere eso a *The unforeseen*, lo imprevisto. Este *pun*, es más bien el *portemanteau* en el sentido de Lewis Carroll, en que aquí es un precursor -y por haberlo sin duda encontrado demasiado tarde, Joyce debió, resume Atherton, encontrarse algo molesto.

Lean páginas de *Finnegans Wake*, sin buscar comprender -eso se lee. Eso se lee, pero como me lo hacía notar alguien de mi entorno, es porque uno siente presente el goce de aquél que escribió eso. Lo que uno se pregunta -al menos lo que preguntaba la persona en cuestión-, es por qué Joyce publicó. ¿Por qué ese *Work* que estuvo diecisiete años *In progress*, salió finalmente blanco sobre negro?

Es una suerte que haya una sola edición, lo que permite designar, cuando se la cita, la línea en la página precisa, es decir, en la página que no llevará más que el mismo número. Si hiciera falta que, como otros libros, sea editado bajo diversas paginaciones, idónde iría uno para encontrarse allí! Pero que lo haya publicado, es esto lo que esperaría, convencerlo que él quería ser Joyce el síntoma, en tanto que, el síntoma, él de esto da el aparato, la esencia, la abstracción. Porque si de algo da cuenta el hecho considerado por Clive Hart, que al seguir sus pasos, uno se encuentra al final, fatigado, es que esto prueba que vuestros síntomas en ustedes, es la única cosa que en cada uno conlleva interés. *El* síntoma en Joyce es un síntoma que no les concierne en nada. Es el síntoma en tanto no hay ninguna oportunidad que enganche algo de vuestro inconsciente en ustedes. Creo que ahí está el sentido de lo que me decía la persona que me interrogaba sobre por qué él lo había publicado.

... aunque no jugando más que sobre el lenguaje

Haría falta continuar este cuestionamiento de la obra mayor y postrera, de la obra en la que, en suma, Joyce reservó la función de ser su escabel. Porque de entrada, él quiso ser alguien cuyo nombre, más precisamente el nombre, sobreviviera para siempre. Para siempre quiere decir que señala una fecha. No se había hecho nunca

literatura así. Y para, en esa palabra *littérature*, subrayar el peso, diré el equívoco sobre el que a menudo Joyce juega: *carta, basura (letter, litter)*.

La letra (*lettre*) es residuo (*déchet*). Pues, si no hubiera ese tipo de ortografía tan especial que es la de la lengua inglesa, las tres cuartas partes de los efectos de *Finnegans* estarían perdidos.

Lo más extremo, puedo decirles -adelantado por otra parte por Jacques Aubert- *Who ails*, después de eso *tongue*, escrito como *langue* en inglés, *tongue*, luego una palabra, enigmática, *coddeau*, "*Who ails tongue coddeau a space of dumbilisilly*". Si yo encontrara este escrito, ¿habría o no percibido "*Où est ton cadeau, espèce d'imbécile?*" ("*¿Dónde está tu regalo, especie de imbécil?*").

Lo inaudito, es que esta homofonía en la ocasión translingüística no se soporta más que de una letra conforme a la ortografía de la lengua inglesa. Ustedes no sabrían que *Who* puede transformarse en *où (dónde)* si no saben que *Who* en sentido interrogativo se pronuncia así. Hay no sé qué de ambiguo en este uso fonético (phonétique), que yo escribiría también f.o.n.e (*f.a.u.n.e.*). Lo fonesco (*faunesque*) de la cosa reposa toda entera sobre la letra, a saber sobre algo que no es esencial a la lengua, que es algo trenzado por los accidentes de la historia. Que alguien haga un uso prodigioso de esto, interroga en sí lo que es del lenguaje.

Dije que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Es extraño que también pueda decir desabonado del inconsciente a alguien que estrictamente no juega más que sobre el lenguaje -aunque él se sirva de la lengua entre otras que no es la suya- porque la suya es justamente una lengua borrada del mapa, a saber el gaélico, del cual él sabía algunos pequeños trozos, suficientes para orientarse, pero no mucho más -no la suya por tanto, sino aquella de los invasores, los opresores. Joyce dijo que en Irlanda se tenía un dueño y una dueña, siendo el dueño el Imperio británico, y la dueña la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, siendo los dos del mismo género de plaga. Es lo que se constata bien en lo que hace de Joyce el síntoma, el síntoma puro de eso que está allí en relación al lenguaje, en tanto que se lo reduce al síntoma -a saber, a lo que tiene por efecto, cuando a este efecto no se lo analiza- diré más, que interdice jugar con alguno de los equívocos que afectarían el inconsciente de cualquiera.

El goce, no el inconsciente

Si el lector está fascinado, es de esto, es en conformidad a ese nombre que hace eco al de Freud, después de todo, Joyce tiene relación a joy, el goce, -si está escrito en *lalangue* que es la inglesa- este goasaz (*jouasse*), este goce es la única cosa que de su texto podríamos atrapar. Allí está el síntoma. El síntoma en tanto que nada lo enlaza a lo que hace *lalangue* misma en la que él soporta esta trama, estas tallas, este trenzado de tierra y aire con que él abre *Chamber music*, su primer libro publicado, libro de poemas. El síntoma es puramente lo que condiciona *lalangue*, pero en cierta forma, Joyce lo lleva a la potencia del lenguaje, sin que por tanto nada de esto sea analizable, esto es lo que impresiona, y literalmente interdice -en el sentido que se dice - yo quedo interdicto (*interdit*).

Que uno emplee la palabra interdecir (*interdire*) para decir estupefacto (*dire stupéfaire*) tiene todo su alcance. Esta ahí lo que hace la sustancia de lo que Joyce aporta, y porque en cierta forma, la literatura no puede ser más después de él lo que era antes.

No es por nada que *Ulises* aspira, aspira, algo homérico, bien que no haya la menor relación, aunque Joyce haya lanzado a los comentaristas sobre ese terreno, entre lo que transcurre en *Ulises* y lo que allí es de *La Odisea*. Asimilar Stephen Dedalus a Telémaco... Uno se rompe la cabeza en llevar el haz del comentario sobre la *Odisea*. ¿Y cómo decir que Bloom sea lo que sea, para Stephen, no tiene nada parecido con él, salvo cruzarlo, a su padre, de tiempo en tiempo en Dublin? Si esto es lo que Joyce señala, se encuentra para denotar que toda la realidad psíquica, es decir el síntoma, depende, en última término, de una estructura en la que el Nombre-del-Padre es un elemento incondicionado.

El Padre borromeo

El padre como nombre y como aquél que nombra, esto no es parecido. El padre es este cuarto elemento -evoco aquí algo acerca de lo que solamente una parte de mis oyentes pueden haberlo considerado- este cuarto elemento sin el cual nada es posible en el nudo de lo simbólico, lo imaginario y lo real.

Pero hay otra forma de llamarlo, y es allí que hoy recorto lo que es del Nombre-del-Padre en el grado que Joyce testimonia de ello -esto que conviene llamar el síntoma (*le sinthome*). Es en tanto que el inconsciente se anuda al síntoma (*sinthome*), que es lo que hay de singular en cada individuo, que se puede decir que Joyce, como él escribió en alguna parte, se identifica a *lo individual*. Él es aquél que se privilegia de haber estado en el punto extremo para encarnar en él el síntoma (*symtôme*), eso por lo que él escapa a toda muerte posible, reducirse a ser una estructura que es la misma del *lom*, sí me lo permiten escribir simplemente de un *l.o.m.*

Es así que él se vehiculiza, como algo que pone un punto final a un cierto número de ejercicios. El pone un término. Pero, ¿cómo entender el sentido de este "término"?

Es sorprendente que Clive Hart pone el acento sobre lo cíclico y sobre la cruz como siendo sustancialmente a lo que Joyce se ata. Algunos entre ustedes saben que con ese círculo y esta cruz, yo dibujo el nudo borromeo. Interrogar a Joyce sobre esto, lo que ese nudo produce, a saber la ambigüedad del 3 y del 4, a saber esto a lo cual él quedaba pegado, a la interrogación de Vico, a cosas peores, a la conversación con los espíritus, que Atherton sitúa por otra parte bajo el título general de *espiritualismo*, lo que me sorprende, porque yo había llamado eso hasta el presente espiritismo. Es seguramente sorprendente ver que en la ocasión, esto contribuye en *Finnegans* a título de síntoma, creo.

Esto no es todo, pues es difícil no tener en cuenta esta ficción que se puede poner bajo la rúbrica de la iniciación. ¿En qué consiste lo que se vehiculiza bajo ese registro y bajo ese término? ¿Cuántas asociaciones de las cuales se hace estandarte de las que no se comprende el sentido? Que Joyce se haya deleitado con *Isis Unveiled* de la señora Blavatsky es una cosa que tomo de Atherton, y que me deja atónito. La forma de debilidad mental que comporta toda iniciación es lo que, a mí, me embarga de entrada, y quizá me la hace subestimar. Es preciso decir que, poco tiempo después donde, gracias al cielo, había encontrado a Joyce, fui a buscar a un llamado René Guénon que no estimaba más que lo que hay de peor en el hecho de la iniciación. *Hi han a pas*, a escribir como aquello del asno a lo cual Joyce hace alusión como punto central de estos cuatro términos que son el Norte, el Sur, el Este y el Oeste, como en el punto de cruce de la cruz -es un asno quien lo soporta, Dios sabe que Joyce lo tiene en cuenta en *Finnegans*.

Pero a pesar de todo, *Finnegans*, ese sueño, ¿cómo decirlo finalizado, ya que su última palabra no puede reunirse más que a la primera, el *the* sobre el cual se termina empalmándose a *riverrun* con el cual se comienza, lo que indica lo circular? Para decirlo todo, ¿cómo Joyce pudo omitir este punto, este que actualmente introduzco del nudo?

Haciendo esto introduzco algo nuevo, que da cuenta no sólo de la limitación del síntoma, sino que esto que hace de anudarse al cuerpo, es decir a lo imaginario, de anudarse también a lo real, y como tercero a lo inconsciente, que el síntoma tiene sus límites. Es porque encuentra sus límites que se puede hablar de nudo, que es algo que seguramente se arruga, puede tomar la forma de un ovillo, pero que, una vez desplegado, guarda su forma -su forma de nudo- y en el mismo golpe su existencia (*ex-sistense*).

Esto es lo que me permitiré introducir en mi camino del próximo año, tomando apoyo sobre Joyce, entre otros.